

## REFORMA SIGLO XXI

# ENTRE EL CULTO GUADALUPANO Y EL BARRIO SAN LUISITO: LA COLONIA INDEPENDENCIA.

■ Jesús Ávila Ávila\*

A Celso Piña (1953- 2019)

Cuántas veces en nuestro andar ciudadano somos indiferentes e insensibles al entorno que nos rodea, al lugar donde nacimos, nos criamos y vivimos; de esa forma, nuestra existencia se convierte en rutina sofocante, en parálisis de emociones y sentimientos.

Decenas de ocasiones, algún motivo de importancia o no, nos ha obligado al traslado hacia el sur profundo de la ciudad y repentinamente, descubrimos y exploramos a la vez, territorios olvidados e ignorados para nuestra cotidianidad, allí:

*“... arrimado a las lomas y al otro lado del río artero y casi seco que un día casi se lo traga íntegro: el [otrora] Barrio de San Luisito...”*

## LA INDEPE SEDUCE A LOS DE LA COLO...

Al norte, apenas cruzas el río Santa Catarina (que serpentea varios kilómetros a la urbe metropolitana); este barrio tradicional, que nació casi a la par con el Monterrey Industrial y se convirtió con el paso de los años en colonia Independencia, observa con recatado orgullo a la gran plaza, plaza a la que vio crecer hasta transformarse, de modesto espacio para el ocio dominguero, en dilatada área multicolor y cosmopolita. También mira los edificios públicos y privados, algunos concebidos de perfiles audaces en el intento de construir una escalera al cielo, para deschaparrar a la ciudad, según dijeron políticos y urbanistas arrojados. La *Indepe*, examina con atención a una espigada torre anaranjada que desde lo alto lanza destellos nocturnos hacia las estrellas, confundiéndolas con las luces de neón que pueblan el Barrio Antiguo.

\*Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Colabora en el Archivo General del Estado de N. L. Ha participado en Reuniones y Congresos Nacionales sobre Administración de Documentos y Archivísticos. Ponente en eventos de Historia locales, nacional e internacional. Autor de libros Historia Regional, El AGENL le otorgó la “Mención Nacional al Mérito Archivístico”. Actualmente es su subdirector administrativo.

*Tengo orgullo de ser del norte  
Del mero San Luisito porque de ahí es Monterrey  
De los barrios el más querido  
Por ser el más reínero, sí señor,  
Barrio donde nació.*

*Corrido de Monterrey  
Autor: Severiano Briseño*

Pero, sin lugar a dudas, lo que más fascinación provoca a la *Indepe* es, cuando se rompe el tedio de la noche veraniega e irrumpen los acordes rítmicos, lastimeros, melancólicos y festivos del acordeón que canta, llora, ríe y celebra, gracias a la destreza y talento innato de un rebelde, hijo admirado de sus entrañas,



que pasea por el mundo su sencillez, su música y su identidad; mientras tanto la aristocracia del barrio se refocila demostrando sus dotes dancísticas, donde los bailes de la *motoneta*, el del *gavilán* y el del *pomo* son ejecutados con magistral desenfado como en la mismita Risca; los patricios de la ciudad, rendidos y complacientes, procuran agradar a un invitado especial que preside el MARCO de celebridades reunidas ese día inolvidable. Invitado que se da el lujo de aventarse a la pista a sacudir la polilla, con su carisma y genio, el inspirador de Macondo: el Señor *Marqués* de la república literaria universal, sonríe por la descarada complicidad del (Ex) Celso insurrecto del acordeón.

La *Indepe* indiscreta se asoma y sin perder jamás su capacidad de asombro ante tan inusual y atípica estampa, digna de colección en la memoria colectiva, para ser estudiada por antropólogos y sociólogos. No es para menos, mire usted, la nobleza de Monterrey sucumbió sumisa y obediente, ante la magia, talento y sensualidad del canto y música del icono de los *descamisados* de la *Colombia Independencia*<sup>1</sup> y del Barrio de La Campana.

## ENTRE EL CULTO GUADALUPANO Y EL BARRIO SAN LUISITO: LA COLONIA INDEPENDENCIA

*“Los barrios fueron las formas tradicionales del crecimiento de los pueblos... sólo hay barrios viejos, por más nuevos que parezcan... la única diferencia entre lo que se llama barrio y lo que hoy se llama colonia, no estriba en el trazo de las calles o la medida de los lotes; consiste en algo muy diferente, en que toda colonia tardará tiempo para sentirse barrio al igual que todo pueblo tardó tiempo para borrar sus barrios”.*

Celso Garza Guajardo

Perogrullo nos dice que la *gran* historia de la ciudad, no se puede explicar, escribir ni interpretar

<sup>1</sup> Celso Piña, en 2003, fue invitado para amenizar una reunión en el Museo de Arte Contemporáneo (MARCO), donde asistió como visitante distinguido Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura. En el citado evento, acudió “*la crema y nata de Monterrey*”. Cuando García Márquez, inició el baile inspirado en la música de Piña, a partir de allí, la fortuna le sonrió al Gran Celso, como lo confesaría años después (véase El Norte, jueves 22 de agosto de 2019, Sección Gente, p. 2)

sin las historias y crónicas *pequeñas* de sus primeros barrios, colonias ni escondrijos urbanos, que palpitan y viven a pesar del abandono al que se le pretende condenar de manera ingrata y desconsiderada.

Gustamos de presentar al visitante nacional y extranjero, la parte amable, bonita y presumible de la capital regiomontana; procuramos esconder aquellos lugares que nos apenan y ofenden por su marginación y pobreza estructural.

Es tiempo de recuperar del olvido y de la desmemoria, espacios que han sido vitales en la historia y cultura de Monterrey. En la medida que los recuperemos social, material y culturalmente tendremos más y mejor ciudad para todos.

Al respecto y sólo por citar algunos ejemplos: la entrañable Calzada Madero, la mutilada Alameda Mariano Escobedo, la colonia Moderna (con sus 95 años de haber sido creada, donde crecí y viví por años); las colonias que surgieron aledañas a nuestras paradigmáticas industrias: la Asarco, la Obrera, la Regina, la Paraíso, la Buenos Aires, la Victoria, la Cementos, la Industrial, la Terminal, la Ferrocarrilera, la Madero, la Martínez, etc.

## ANTE TU IMAGEN SAGRADA... VIRGEN INDIANA

*“... la religiosidad es una parte de la cultura minera. Los vecinos de San Luisito, hijos de mineros potosinos y zacatecanos, sólo han reproducido un patrón de conducta y una herencia a través del culto guadalupano”.*

César Morado Macías

En vísperas del día 12 de diciembre de cada año, el estallido de cohetones nos anuncia que, desde diversos puntos del Área Metropolitana de Monterrey, miles de peregrinos desafiando las inclemencias climáticas, caminan con devoción, llevan su fe a cuestras, rezos y cánticos religiosos fortalecen anímicamente las procesiones, a la vanguardia de éstas la imagen guadalupana, después los *matachines* con sus atuendos vistosos engalanan las peregrinaciones, bailan incansablemente al ritmo, por lo regular de un tambor de retum (tum-tum-tum-tum) bo repetitivo y monótono; mientras tanto el *viejo* de la danza, escudado en grotesca e intimidante

máscara, que cubre su rostro, asusta al que se deja, sobre todo niñas y niños (y a uno que otro adulto despistado), que se alejan rápidamente entre gritos y risas, regocijados ante las ocurrencias del temible enmascarado.

El destino de los feligreses es el Santuario de Guadalupe, el arribo a este centro religioso, enclavado históricamente en el corazón mismo de la colonia Independencia, mitigará el cansancio de los caminantes, reconfortados ante la presencia del altar de la soberana de México y emperatriz de América.

El fervor y adoración a la Morena de Tepeyac surgió en ese lugar en el siglo XIX: en 1861 el vecindario, heredero de una costumbre de oración, inició la construcción de una capilla en el terreno de Narciza Martínez y Pablo Vázquez, localizado por la (actual) calle de Castelar. Esta modesta capilla con el paso de los años se reformó de su diseño original hasta convertirse en el Santuario de Guadalupe (Sifuentes, 437-439: 94 y Morado, 313-315: 94); casa de veneración emblemática, símbolo de la fe e identidad religiosa de la colonia Independencia. En el Monterrey conurbado, sin lugar a duda, la Meca

del guadalupanismo está allí y cada año, miles de feligreses refrendan su respeto y advocación a la Patrona de los Mexicanos.

El historiador César Morado, explica que el misticismo profesado en el santuario y en sus inmediaciones, tiene su origen en los grandes flujos migratorios que, desde fines del siglo XIX, poblaron el antiguo Barrio San Luisito, muchas de esas familias provenían de San Luis Potosí, Zacatecas y en menor medida de Coahuila, cautivados por el inusual esplendor económico experimentado en Monterrey en la década de los noventa de la citada centuria.

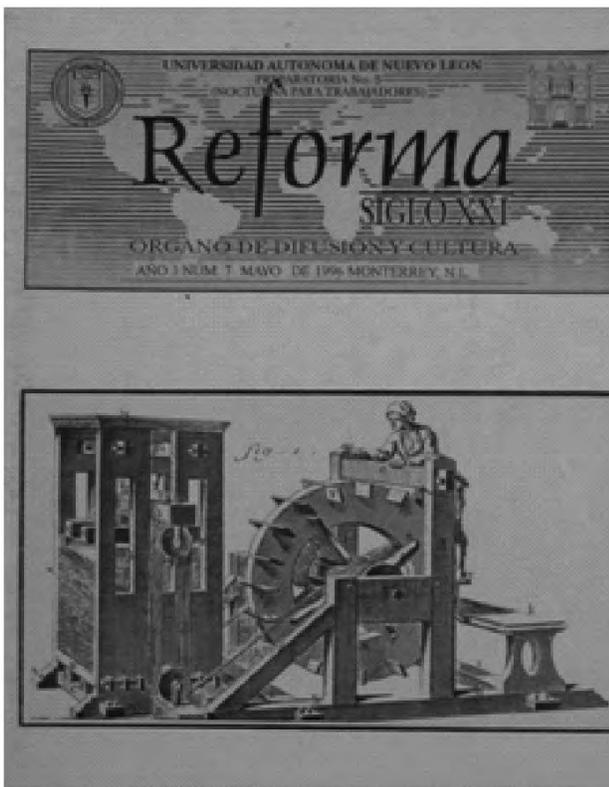
Potosinos, zacatecanos y coahuilenses, procedían de centros mineros con una rica tradición religiosa, esta combinación de religión y minería –dilucida Morado- fue determinante en la consecución de la proverbial mística guadalupana en la Independencia.

### El Barrio San Luisito

*“Eran familias procedentes de Matehuala, Charcas, el Venado y Real Catorce de San Luis Potosí. Los jefes de familia habían sido contratados para trabajar en la Cervecería, la Vidriera y especialmente en la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey. Hombres fuertes, trabajadores y honrados... Los domingos... el trajín se multiplicaba con la presencia de los hombres que descansaban de las jornadas diarias vistiendo limpios trajes domingueros, de camisa y pantalón de mezclilla con zapatones de baqueta, dignos sustitutos de los huaraches. El sombrero de palmito de anchas alas... Terminadas las labores de costumbre salían las parejas con la prole rumbo al paríán Colón para hacer compras y comer antojitos en las fondas distribuidas al sur de la Calle Juárez y el puente de San Luisito”.*

Don José P. Saldaña

Los contornos de la ciudad, a partir de la década de los 80's del siglo XIX fueron modificados, el impasse en que se mantuvo el crecimiento citadino hasta poco antes de ese periodo, cedió su lugar a un intenso proceso de dilatación del espacio urbano, como consecuencia de la primera onda expansiva industrializadora del otrora apacible y bucólico Valle de Extremadura, fenómeno ocurrido entre finales del 1800 e inicios de la centuria pasada.



Revista Reforma Núm 7

A grandes rasgos el trazo del Monterrey de esa época quedó dividido en cinco secciones: su centro histórico; el Repueblo del Norte desde la actual calle de Aramberri; el Repueblo de Vereá, hoy colonia Nuevo Repueblo; las inmediaciones de la loma del Obispado, asiento del Palacio de Nuestra Señora de Guadalupe, a partir de 1788 y primer foco de desarrollo de la ciudad hacia el poniente y el denominado Repueblo del Sur (Morado, 307: 94).

En el Repueblo del Sur surgió el barrio San Luisito, nombre adquirido gracias a que muchos de sus vecinos procedían de la entidad potosina, atraídos por la prosperidad económica alcanzada por la ciudad a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Estos inmigrantes, poco a poco comenzaron a poblar esta zona que comprendía la ladera norte del cerro de la Loma Larga y el margen sur del río Santa Catarina. Todos ellos, junto con otros braceros de otras entidades vecinas fueron forjadores en las fábricas y talleres de la localidad de la cultura del esfuerzo y del trabajo, probados héroes de la clase trabajadora.

La huella de su vigor y de su arte, quedó plasmada en la hechura del señorial Palacio de Gobierno, entre 1895 y 1908.

Este nuevo vecindario, desde el principio luchó a brazo partido por ganarse un lugar socialmente; vecinos incómodos, pero necesarios para el desarrollo de las factorías locales. Fueron admitidos con recelo, observados con sospecha y con prejuicios -como lo interpretó don José P. Saldaña- con *“desconfianza [que pronto] se convirtió en entretenimiento, curiosidad y utilidad”*. El desarraigo fue su divisa de identidad, fueron de algún modo confinados a una suerte de *ghetto* al sur de la ciudad eran: *“los otros, los de fuera, los que no son regiomontanos, aquellos que tendrían que esperar mucho tiempo para poder expresar ‘su orgullo de ser del norte, del mero San Luisito’ porque -alguien ya lo olvidó- de ahí es Monterrey”* (Morado, 310 y 319: 94).

Por su parte Daniel Sifuentes señala que, un factor determinante en la configuración de este nuevo núcleo poblacional al sur de la ciudad fue la construcción del Palacio de Gobierno, a partir de 1895; suceso que trajo consigo el arribo de muchos trabajadores potosinos, especialistas en esculpir la cantera rosa y gris perla, importada de San Luis Potosí.

Estos braceros llegaron acompañados de sus familias y se establecieron principalmente en el margen sur del río Santa Catarina. De esa forma, el Repueblo del Sur mudó su nombre por el de barrio de San Luisito, entidad de origen de estos nuevos regiomontanos.

En 1895, de la población existente en Monterrey, 8735 habitantes eran potosinos. Para 1900 esta cifra se incrementó a 11253 prójimos (Sifuentes, 435: 94).

Este nuevo barrio se sumó a los barrios tradicionales existentes en la ciudad: San Luisito fue el origen histórico de la Colonia Independencia.<sup>2</sup>

Por último, aprovechamos este espacio para invitar a cronistas e historiadores de nuestros barrios y colonias a reflexionar sobre el tema, como un ejercicio de recuperación colectiva de la memoria de nuestra Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey. Finalmente, dedicamos estos apuntes a la Memoria del Gran Celso Piña.



Revista Reforma Núm 69

<sup>2</sup> Estos apuntes estuvieron inspirados en dos monografías de dos historiadores regiomontanos que a continuación citamos: César Morado Macías, *San Luisito... barrio, puente y mercado (1887-1992) Un puente de identidad arrasado por el río*, pp. 306-322 y Daniel Sifuentes Espinosa, *Crónica de la Colonia Independencia*, pp. 433-445 en Gobierno del Estado de Nuevo León, *Historias de Barrios, Nuevo León*, Monterrey, México, 1994, 496 pp.